

EL UNIVERSITARIO, NUEVA CLASE PROLETARIA

Una explicación a los alborotos estudiantiles.

La actitud universal de rebeldía adoptada por los estudiantes universitarios en todos los países, además de una alarmante realidad, constituyen en cuanto a su origen un enigma que nadie acaba de descifrar.

En nuestra revista hemos acogido algunas interpretaciones más o menos probables. Así la explicación que atribuye el hecho a un fermento político; así también la explicación que considera todo el asunto como propaganda comunista; así el deseo de sacudir el dominio autoritario en algunos países donde la libertad se halla restringida. En el número anterior reprodujimos la opinión del Prof. José Vera L. quien considera como causa principal el despertar de la conciencia colectiva favorecido por el desarrollo de los medios de comunicación. Es muy probable que, por tratarse de un fenómeno enormemente complejo, cada una de estas teorías refleje un aspecto verdadero del fenómeno.

Hoy reproducimos aquí una nueva opinión. Gabriel Cámara¹ cree que, si se ha de buscar un substratum común a todos los países, el que se encuentra en todos ellos es el hecho de que las universidades han dejado de ser santuarios del saber reservados a un pequeño grupo de burgueses para abrir sus puertas a una mayoría de jóvenes de humilde extracción pertenecientes a las clases media y proletaria, que han llevado consigo los prejuicios y la mentalidad de marginados sociales.

Su condición actual se asemeja a la de los obreros de fines del pasado siglo: desgastado el ardor combativo de los trabajadores manuales, ocupa su puesto en el frente social este nuevo proletario del intelecto, que intenta llevar la lucha de clases al terreno universitario.

¿Bastará este hecho para considerarlo como el verdadero origen del mal? Es cosa que juzgará el lector al recorrer las páginas que siguen, escritas ciertamente con extraordinaria ponderación y equilibrio.

Quien haya seguido la prensa diaria reconocerá inmediatamente la unidad que forman los movimientos estudiantiles en EE. UU., en Francia, en Italia, en España, en Alemania, en Brasil, en Uruguay y últimamente en México. Por su carácter supranacional y por su contenido radical uno podría pensar en que los movimientos estudiantiles son en nuestro siglo una versión de la Internacional.

Los estudiantes parecen ser ahora la película más ténue por la que cualquier malestar social interno aflora a la superficie. Los estudiantes universitarios —que en los últimos diez años han triplicado su número en muchos países— forman ya no tanto una élite privilegiada para la que la Sociedad tradicional reservaba los mejores puestos, sino un verdadero proletariado que se siente cada vez más

1.—Véase "Christus", En. 1969, pp. 28 y sigs.

inseguro de su futuro, manipulado, menos dueño de sí mismo.

Simultáneamente con la conciencia de su condición de proletario, el estudiante universitario de hoy es consciente de su poder y de la responsabilidad que él tiene de cambiar el orden de cosas que cada vez resulta más intolerable. Quizá se pueda decir que en el siglo pasado y principios de este, lo más preparado de la clase obrera en Europa y en Norte América experimentó los mismos sentimientos y enfocó su acción por cauces muy semejantes, a los que siguen hoy los estudiantes, la nueva clase proletaria.

Las satisfacciones de tipo material que han recibido los obreros en las naciones plenamente industrializadas y las reivindicaciones que han logrado aun en países en vías de desarrollo parecen haber desviado las energías de este grupo social hacia los intereses de las grandes sociedades de consumo manipuladas por el comercialismo y la propaganda, por el poder militar y por el capitalismo.

Sólo los estudiantes universitarios parecen haber quedado alerta el día de hoy y tener la libertad de espíritu suficiente para reaccionar contra cualquier corrupción social; sólo ellos no parecen haber creado esos intereses múltiples que a la larga embotan el sentido social de una clase y vuelven sospechoso todo cambio de estructuras.

Es cierto que a los estudiantes se les acusa de irresponsabilidad y se les echa en cara su ligereza en criticar las instituciones existentes que ellos ni conocen bien, ni trabajaron para crearlas.

Esta crítica sólo es válida en la medida en que los estudiantes, como puede uno suponer por la experiencia, proceden irreflexivamente, y deja de serlo en la medida, como también podemos suponer por la experiencia, que una posición social adquirida generalmente significa una rigidez mental y el consecuente prejuicio para percibir el carácter dinámico y vital de nuestra existencia en el tiempo y el espacio. En esta perspectiva, toda realización humana no tiene otro sentido que servir de apoyo a otra subsecuente y al hacerlo, quedar integrada en su misma superación. Algo así como el caminar humano que exige el firme apoyo de un pie en la tierra sólo para perder nuevamente el equilibrio y al hacerlo superar nuestra posición hacia adelante.

De los grupos sociales marginados (o mejor dicho oprimidos, víctimas de cualquier injusticia) y conscientes simultáneamente de su mar-

ginación es de quienes podemos esperar la visión clara con la que se percibe el fondo y la raíz de la vida social.

Nada parece sensibilizar tanto a lo que debe ser la salud como el dolor y la enfermedad conscientes. El grupo marginado no va seguramente a adorar falsos dioses de quienes no recibe beneficio alguno. Las idolatrías sociales son pecado de quienes detentan las posiciones privilegiadas, no de quienes quedan excluidos del beneficio aunque contribuyan duramente con su trabajo, o cuando menos con su marginación, al realce de dichas posiciones.

Verdaderos peregrinos dentro de una sociedad muy establecida, los estudiantes pueden criticar la sociedad en la que viven simple y sencillamente porque aún no han plantado sus tiendas en ella.

En una revolución se habla de los grupos humanos que tienen todo por ganar y nada por perder —si no es su vida. Esta concepción nos parece simplista. Hay aquí un aspecto de generosidad que no se explica simplemente por la ganancia de cualquier bien material que en el fondo será siempre inferior a la condición del gozo de todo otro bien que es la vida misma. Más exacto debe ser decir que junto con la claridad de visión, un hombre consciente de su opresión injusta, posee también una mayor sensibilidad moral para obrar el bien que, por contraste, define la injusticia sufrida. Cualquier explicación que se redujera a señalar los beneficios individuales del "revolucionario" estaría pasando por alto lo más vital del proceso que es la abertura ilimitada hacia la liberación no sólo de sí mismo, sino de todo el grupo que poseen los espíritus revolucionarios más puros.

Los estudiantes en sus expresiones manifiestan la dialéctica del cambio llevada al extremo: no confían en formulaciones sino en el poder de la acción. En dos de los letrados escritos por los estudiantes franceses durante el movimiento de mayo de este año se leía: "No hay pensamiento revolucionario, sólo hay actos revolucionarios", y "Exagera, he ahí el arma".

Adelantando un juicio quizá se puede decir que la única manera de no desperdiciar la fuerza de esta juventud, así como para tampoco dejar que la sociedad se intoxique con ella, es integrarla dialécticamente en la evolución del cuerpo social como la esencia momentánea del dinamismo por el que la humanidad avanza tendida hacia adelante dejando

atrás lo caduco y reencontrándose a sí misma en el futuro.

Si se considera el movimiento estudiantil mexicano como formando parte de otros movimientos paralelos recientes desde Berkeley hasta Nanterre y la Sorbona, se justificará el ver este fenómeno como la aparición de una nueva Internacional. Pero para ser útil esta reflexión nos debe hacer conscientes de la importancia del fenómeno: si las Internacionales y los Manifiestos del siglo pasado son factores imprescindibles para explicar el que un tercio de la humanidad hoy día sea socialista, seguramente esta nueva Internacional que estamos viendo nacer y sus Manifiestos llevan en sí gran parte de la explicación del nuevo mundo que se empieza a dibujar.

Es interesante constatar cómo la sociedad establecida percibe estos movimientos estudiantiles en Europa, en Norteamérica o en Latino América: como una perturbación. Por lo menos la respuesta oficial ha sido la intervención de la policía en todos los casos, y la policía se supone está para evitar que el orden sea perturbado. Esto parece indicar sobre todo una quiebra profunda en el orden social humano porque el diálogo se ha hecho imposible. A la base de diálogo humano está la posibilidad de poder "perturbar" el santuario interior de otro hombre con la palabra, y la esperanza de que esa perturbación elicite a su vez otra palabra humana, tan abierta y tan fecunda como fue la primera en su intención, y de esta manera entretener experiencias y crear un nuevo grado de unidad. Pero cuando en vez de elicitar otra palabra la interpelación provoca la violencia que va dirigida a la supresión misma del interlocutor, entonces no queda diálogo ni esperanza de unión sino sólo la soledad estéril del dominador. No es de extrañar que los instrumentos usados —la policía y el ejército— sean precisamente los órganos sociales más primitivos y anacrónicos de la humanidad.

En la medida en la que seamos incapaces de dialogar, en esa medida tendremos necesidad de la fuerza ciega institucionalizada para coexistir uno al lado de otro, y quizá no por mucho tiempo.

Si de la primera reacción que estos movimientos han producido dondequiera que han tenido lugar, pasamos a considerar su contenido aparece con claridad su carácter verdaderamente espontáneo y por ello profundamente vital.

Basta ver la ocasión que ha dado origen a todo el proceso: —son verdaderamente irrisorias algunas de ellas— condiciones del restaurante universitario, reglamentos de dormitorios, disolución de riñas callejeras particulares, etc.

Pero a pesar de estos humildes principios el movimiento cobra fuerza inesperada y en unos días inflama al resto de los estudiantes y amenaza invadir todo el país. Por lo menos queda excluida con esto toda explicación simplista, que atribuiría el movimiento a un mero complot de facciones.

Como en todo proceso de gestación las etapas iniciales son imprecisas y, a pesar de ser los eslabones necesarios en el único proceso, quedan superadas muy rápidamente y no muestran toda la riqueza de su contenido. Tal es la primera fase de radicalismo por la que pasa el movimiento. Los estudiantes hablan en esta etapa como verdaderos anarquistas en cuanto que se oponen a todo convencionalismo por principio, simplemente por ser parte del "establishment". En Roma y después en París los estudiantes hablaban de que "la humanidad no será feliz sino cuando el último capitalista sea colgado con las tripas del último izquierdista", para rematar con la célebre frase "prohibido prohibir". Se habla de la muerte de la cultura y no se admite ninguna restricción de tipo moral tradicional. No hay duda que este primer aspecto (o este aspecto parcial del contenido del movimiento) enajenará a quien no tenga el suficiente optimismo humano como para poder esperar a que la persona acabe de decir su frase.

Escuchando con simpatía, el mensaje del movimiento mundial estudiantil no deja lugar a duda: la verdadera preocupación que activa la generosidad y aun la inexperiencia de estos jóvenes proletarios es el reconocimiento de la gran solidaridad a la que la humanidad está destinada a vivir, donde todos van a participar responsablemente y donde nadie va a ser explotado por otro. "Todos somos judíos alemanes", decía un cartelón en París.

Hay que recordar el movimiento de Córdoba, Argentina, en 1918, y que en 1921 el primer congreso de estudiantes latinoamericanos reunido en México proclamó que luchaban "por el advenimiento de una nueva sociedad".

En este sentido el movimiento (el contenido del movimiento) llega a expresarse en términos muy personalistas. Decían los estudiantes franceses: "No me liberes, yo me encargo de ello"

y "Yo no estoy al servicio de nadie, el pueblo se servirá a sí mismo". En México al paso de las grandes manifestaciones los estudiantes gritaban: "únete pueblo", y reclamaban prensa libre para todos: también cuando pasaban frente a algún sindicato abucheaban a los líderes "charros" en franca solidaridad con los obreros.

Neal Acherson (The Observer, Mayo, 19) dice que "no es un simple conflicto de generaciones. No es tampoco una pugna por la reforma universitaria. Es un ataque en términos frontales contra la moderna sociedad industrial". Y como dice Sartre en la entrevista de prensa que concedió al periódico "Der Spiegel", "el problema es que ni en el socialismo actual ni en el capitalismo existe el hombre libre y responsable".

Viviane Dutaut dice en un artículo periodístico que "estamos ante la crisis de una civilización basada en el consumo y en la coalición publicitaria que ha sido incapaz de dar a los jóvenes un ideal".

Es evidente pues que el contenido ideológico de los movimientos estudiantiles rebasa con mucho el pequeño mundo universitario en el que la sociedad establecida quisiera confinar a los estudiantes.

Sus preocupaciones van directamente a denunciar los principales crímenes de nuestra época: la discriminación racial, las guerras imperialistas (Vietnam), el militarismo, la carrera armamentista, la explotación de los pueblos subdesarrollados. Sus héroes son precisamente los libertadores contemporáneos: Ho Chi Minh, Mao Tse Tung, el Ché Guevara.

Denuncian tanto al capitalismo o sociedad del consumo como al stalinismo o burocracia de la producción. Protestan contra el control ideológico de los medios de comunicación, bien sea que este lo ejerzan intereses comerciales, o la opresión de una burocracia socialista —ambas son formas de imperialismo. En Alemania los estudiantes concentraron muchas de sus protestas en atacar a la cadena publicitaria que controla Axel Springer, y en México la frase "prensa vendida" se ha hecho popular hasta causar ampolla a los mismos periodistas.

Los marxistas hablan de la dictadura del proletariado. A pesar de su radicalismo la frase encierra una gran verdad: lo que el oprimido ansía es recobrar su poder, poder ser gestor de su destino y cogerse con los demás hombres. Esta misma verdad es la que encierra en frases como "student power" o "black power".

Pero aquí debe radicar lo más alarmante para el "establishment", porque si hay alguien que carece de poder en la sociedad no será porque no lo tiene sino porque le ha sido negado. Los que detentan el poder son naturalmente los menos interesados en hacer partícipes del poder a aquellos de quienes lo han expropiado y de quienes perciben tantos beneficios; se tenderá naturalmente a la represión de estos clamores, y la razón es que el "establishment" ni antes ni al momento de la protesta ha tomado en serio al grupo humano marginado. No quieren reconocer, o no aciertan a reconocer, la dignidad de persona que todo hombre tiene; que basta una sola persona que entre en nuestra constelación para que todas las relaciones humanas anteriores queden modificadas.

Pero tomar en serio a las personas, aceptar ser con ellas gestor de la historia, implica la madurez humana del que acepta perder su yo egoísta para encontrarse transformado en los demás. Implica quitar las barreras tradicionales que el egoísmo latente y regresivo tratará siempre de exagerar y reforzar la seguridad pusilánime, el orden de clases, la propiedad absoluta de los bienes materiales. El Primer Ministro Pompidou expresó perfectamente los sentimientos que ganarían a la burguesía francesa a su favor contra la revolución cuando les dijo que la misión del gobierno del General De Gaulle era "defender vuestra seguridad y vuestra propiedad". No parece que haya expresión más clara —y de paso menos cristiana— de las barreras que nuestro egoísmo levanta para impedir la comunión de los hombres.

Decíamos que la vitalidad del movimiento se manifestaba en sus orígenes minúsculos, ocasionados por incidentes verdaderamente secundarios: pero esta vitalidad y simultáneamente su genuinidad, pueden apreciarse por la responsabilidad de que han sido capaces los estudiantes en muchas de sus protestas. Los estudiantes son conscientes del expediente fácil con el que se pretende apagar el movimiento y que consiste en identificar todo acto estudiantil que no sea regulado por el "establishment" como acto irresponsable. Las cinco grandes manifestaciones en la ciudad de México han mostrado lo responsables que quieren ser los estudiantes; y todo cuanto se señale en contrario, no será suficiente para compensar la irresponsabilidad de quienes se oponen al movimiento con la mentira cubierta de legalidad, con la violencia o con el cinismo.

Se acusa a estos movimientos de estar manipulados por el comunismo internacional o por grupos políticos interesados. La verdad es que en los momentos en los que el movimiento se ha podido expresar con más amplitud y resonancia, en los momentos cumbres como han sido las grandes manifestaciones en la ciudad de México, los estudiantes han repudiado tanto al "establishment" de derecha como el de izquierda.

En Francia, por ejemplo, la Confederación General de Trabajadores, el Partido Comunista Francés y la Federación de Izquierda fueron repudiados públicamente. En México no fueron "paleros", sino miles de estudiantes los que abuchearon al partido oficial de Lombardo Toledano, a los líderes "charros". En este contexto los grupos de izquierda, como dice Sartre, son "instituciones y hacen el juego formal a la burguesía". En el fondo el mecanismo es el mismo, también los partidos de izquierda están en posición privilegiada y temen la competencia.

Esto dicen que se vio muy claro en Alemania Occidental, donde los tres partidos del parlamento temieron al grupo estudiantil como posible competidor político.

Quizá el juicio más duro que se puede pasar sobre el movimiento estudiantil no es que esté manipulado por intereses políticos ajenos al movimiento mismo, ni sus exageraciones y radicalismos, sino despreciarlo por su carácter efímero.

Sin pretender decir que todo movimiento estudiantil tenga una verdadera trascendencia, se debe decir de la mayoría de los movimientos estudiantiles contemporáneos han sentado precedentes profundos y han alterado por lo mismo la situación social. Además de las reformas universitarias y sociales que generan, lo más importante parece ser el precedente político que establecen.

En México, por primera vez en muchos años, una expresión libre tiene lugar en una manifestación libre. En nuestro clima político, donde no parece prosperar sino el acarreo y las adhesiones pagadas, la expresión libre, pública, valiente, es un fenómeno extraordinario. Querer señalar lo soez de muchas expresiones y la falta de respeto a las autoridades (por no hablar de "desacatos" y "profanaciones") sin tener en cuenta la justificación radical de las manifestaciones estudiantiles que es una injusticia sufrida por tanto tiempo, es fariseísmo del más puro; es tragarse el camello y colar el mosquito.

Los mismos estudiantes son conscientes de los límites de su movimiento. Ellos ven que nada podrán por ellos solos, que mientras no se lleguen a los centros de producción y distribución —los abastecedores vitales de la sociedad— la estructura no puede cambiar. Reconocen que su movimiento es plenamente político, pero como estudiantes no pueden hacer nada mientras los obreros no compartan su visión.

Contra este deseo de los estudiantes está la doble dificultad que constituyen, por una parte, el gran poder del "establishment", y por otra, el mismo aburguesamiento de los obreros.

Sin embargo, la esperanza se pone no tanto en una estrategia particular ni en ejercer presiones cada vez más fuertes. La verdadera esperanza del movimiento está en que ni el "establishment" ni los grupos aburguesados de la sociedad soportarán ellos mismos la fuerza avasalladora de la verdad primaria que aflora en toda pregunta seria que nos hacemos nosotros mismos.

Pero si esto es así, tenemos derecho a pensar que entonces tampoco la mera autogestión de las fábricas y las universidades, ni aun de toda la cosa pública va a lograr satisfacer el deseo profundo de jóvenes y grandes. La dinámica de esta contestación general de que hablaban los franceses, abre realmente perspectivas ilimitadas.

Ante este humanismo contemporáneo que consiste en la solidaridad responsable, la puerta queda abierta y el horizonte se extiende sin fin.

Poder ser en libertad para sí y para los demás, queda tan abierto al infinito como la misma vocación del hombre.

Todo lo que se ha dicho de los estudiantes, a pesar del ansia optimista por aceptar la bondad de la causa y objetivar nuestra esperanza de un futuro mejor, no puede hacernos cerrar los ojos para evitarnos ver lo que el peso acumulado de toda nuestra experiencia tiende a proyectar como imagen del futuro.

Esta experiencia de todos nos fuerza a reconocer que la generación joven de hoy no difiere esencialmente de la anterior. Si esto es así, la conclusión lógica es que el mal que se pudo cometer en generaciones anteriores se puede (¿se va?) a cometer en la presente.

Es ilusorio creer que sin un nuevo elemento, sin una alteración básica, no de la estructura social, sino de la naturaleza humana, la generación de mañana va a ser mejor que la generación de hoy.

No es necesario que renunciemos a la esperanza de un futuro mejor, ya que nace de lo más fuerte y valioso de nuestra vida, sólo que hay que reconocer la necesidad de justificar la esperanza con la presencia de un factor nuevo —algo exógeno y endógeno a la vez—; más grande que nosotros pero que al mismo tiempo sea asequible a nuestro esfuerzo natural, misteriosamente compatible con nuestra debilidad. Nos referimos a lo que el hombre de todos los tiempos ha llamado necesidad de redención, al plus de realidad que constituye el objeto de su esperanza.

Aquí es donde el mensaje cristiano deberá insertarse: cuando en el abigarrado curso de los acontecimientos humanos se tenga que responder con calma —no con la premura de tener que tomar opciones radicales— a los grandes interrogantes de la vida; a la paciencia, al dolor, a la muerte, al gozo por actuar y vivir, a la generosidad, a la aceptación de nosotros mismos, a nuestra integración en el gran cuerpo universal, al origen y a nuestro destino últimos.

El mensaje cristiano es simple y elemental como la unidad (*omnes unum*), todos somos uno en Cristo (*fili in Filio*); sin embargo la explicación contemporánea del mensaje está

en crisis como de parto. Así se explican las tensiones y reacomodos a que apuntan los escritos de Bonhoeffer, el radicalismo de los teólogos de "la muerte de Dios", la amplitud cósmica de la visión de Teilhard de Chardin, la preocupación social de las Iglesias, su ansia por estar presentes (por cobrar relevancia), en la gestación del nuevo orden social, la decisión de servir con el mínimo de estructuras temporales y con el máximo de una presencia activa que se difunde como fermento (Iglesia de diáspora), que aflora en la caridad y que pone su esperanza de unidad en la manifestación del mismo Espíritu que opera en todo y en todos.

Desde esta perspectiva el "kerygma" contemporáneo consiste en explicar, no tanto a Moisés y los Profetas (con los que nuestra generación no está familiarizada) para hacer ver que convenía que el Cristo padeciera y así entrara en su gloria, sino el ansia de todo hombre por ser solidario de los demás en todo, al través del dolor y aun de la misma muerte: ansia que se transformará en esperanza cuando el hombre de hoy pueda percibir cómo la presencia de Cristo, sobre todo en la fuerza de la caridad y en el gozo de la fe, queda abierta a todas las dimensiones de la existencia con la que nos amó el Padre.

TELEVISORES

SYLVANIA

con el exclusivo

HALO-LIGHT

Margen de luz que protege
sus ojos y pantalla
cuadrada. Disponible en
variedad de modelos.

Agencias

Electrónicas, S.A.

Calle Rubén Darío 531

San Salvador, El Salvador.

